

THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

ESPÍRITU VENGATIVO

La batalla de Molech

timunmas



THE HORUS HERESY®

ESPÍRITU
VENGATIVO

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *Vengeful Spirit*
Traducción: Traducciones Imposibles, S.L. (Cristina Rubiols y Marisa Rodríguez)

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts

Primera edición: febrero de 2017

Vengeful Spirit, Espíritu Vengativo, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014

© de la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0426-5
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 24489-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

La Mausolytica Confraternidad Hermanos

Los muertos de Dwell gritaban. El Recinto Mausolytico ahora era para ellos un lugar de terror donde el cese de las funciones mortales no ofrecía respiro del tormento continuo. Un millar de tecnoadeptos caía por la espada antes de que acudieran suficientes para reparar el daño causado durante el asalto de los Sons of Horus. Pero lo habían reparado.

Los muertos del Mausolytico gritaban del amanecer al anochecer, toda la noche y todo el día desde que fuera capturado por Aximand en nombre del señor de la guerra. Gritaban de miedo, de terror y de repugnancia.

Pero la mayoría gritaba de rabia.

Solo los oía el señor de la guerra y su ira no le importaba lo más mínimo. Solo le interesaba lo que podían contarle del pasado, tal y como lo habían vivido y aprendido.

Una extensión abovedada de arcos y estructuras de piedra que poseía la misma escala que el palacio de un poderoso patricio terrano servía de repositorio de los difuntos y de librarium a la vez. Las sencillas fachadas de granito ocre brillaban como el cobre pulido bajo los rayos del sol poniente, y los graznidos de las aves marinas que revoloteaban alrededor casi hicieron olvidar a Horus Aximand que ahí se había librado una guerra.

Casi le hacían olvidar que estuvo a punto de perecer ahí.

La batalla por el Recinto Mausolytico se ganó con sangre, hombro contra hombro, espada contra espada, brazo contra brazo. Por supuesto, hubo daños colaterales, maquinaria destruida, cápsulas de estasis reventadas en

las que los cuerpos en conservación se resecan como el cuero al quedar expuestos a las inmisericordes condiciones atmosféricas.

Las paredes todavía estaban manchadas de las catastróficas salpicaduras de sangre de los cuerpos que explotaban en el interior de los escudos personales agrietados. Los cadáveres masacrados de los Forzosos habían desaparecido pero nadie se había molestado en limpiar la sangre.

Aximand puso un pie sobre un muro de medio metro de piedra tostada al sol, con el otro pie en el parapeto y los antebrazos apoyados en la rodilla alzada. El sonido de las olas, abajo y a lo lejos, le traía paz, y cuando el viento soplaba desde el mar, el aroma a salitre y a flores silvestres reemplazaba el olor a metal quemado del puerto. Desde su punto de observación en las alturas, la ciudad en ruinas de Tyjun estaba casi igual que cuando los Sons of Horus realizaron los primeros desembarcos.

Su primera impresión fue que una enorme ola había arrasado la grieta del valle y había depositado en ella detritus olvidados del océano al retirarse. La ciudad no parecía tener ni orden ni concierto pero Aximand había llegado a apreciar las sutilezas orgánicas de los arquitectos de la antigüedad que la habían diseñado.

—Es proteica —decía cuando encontraba un oído comprensivo—. Una ciudad que florece en su desdén por las líneas limpias y la claridad impuesta. La ostensiva falta de cohesión es engañosa, pues hay orden en el caos, lo cual solo se torna aparente al recorrer sus calles serpenteantes y descubrir que tu destino estaba decidido desde el principio.

Todos los edificios eran únicos a su manera, como si un ejército de arquitectos hubiera ido a Tyjun y cada uno hubiera diseñado un sinfín de estructuras a partir de restos de acero, cristal y piedra.

La única excepción era el palacio de Dwell, un añadido reciente a la ciudad que tenía los rasgos utilitarios de la arquitectura macraggiana clásica. Lo más alto de toda Tyjun, el palacio abovedado de gobernación imperial era a la vez un monumento a la Gran Cruzada y una expresión de la vanidad del primarca Guilliman. Tenía proporciones matemáticas precisas y, aunque Lupercal lo consideraba austero, a Aximand le gustaba la moderación que observaba en su diseño fresco y elegante.

Exquisitas estatuas de héroes imperiales se alzaban orgullosas alrededor de la cúpula principal azul cerúleo y en las hornacinas que recubrían todo el arco central. Aximand había averiguado la identidad de todos y cada uno antes de que fueran destruidas. Eran señores del capítulo y capitanes de los Ultramarines y de los Iron Hands, generales del ejército,

princeps de titanes, pontífices del Munitorum e incluso unos pocos aexactores recaudadores de diezmos.

El sol del atardecer teñía de ámbar los tejados de la ciudad y el mar de Enna estaba cristalino y en calma. El agua se convirtió en un espejo dorado salpicado de reflejos brillantes como el fósforo de naves de guerra en órbita, de alguna que otra luna y de restos de la guerra en el vacío que caían al mar.

La proa de un buque cisterna hundido sobresalía del agua en el muelle y los geles petroquímicos cubrían la superficie de desechos oleosos y espumosos.

Lejos al norte, una estrella brillante se aferraba con cabezonería al horizonte, la gemela del sol que se ponía al sur. Aximand sabía que no se trataba de una estrella sino de los restos todavía en llamas de la flota de naves budayana, cuya órbita se degradaba con cada revolución planetaria.

—No falta mucho para el impacto —dijo una voz detrás de él.

—Cierto —respondió Aximand sin darse la vuelta.

—No va a ser bonito —dijo otra—. Será mejor que no estemos aquí cuando pase.

—Deberíamos habernos ido hace mucho —añadió una cuarta.

Al fin Aximand le dio la espalda a las bucólicas vistas de Tyjun y asintió a sus hermanos de batalla.

—Mournival —dijo—, el señor de la guerra nos llama.

El Mournival. Restaurado.

Claro que nunca lo habían perdido, solo estuvo roto un tiempo.

Aximand marchaba con Ezekyle Abaddon. Con su armadura de pinchos de guerrero, el primer capitán de los Sons of Horus le sacaba más de una cabeza a Aximand. Su lenguaje corporal era de una agresividad salvaje y sus rasgos, planificados con crueldad, estaban tensos sobre los prominentes huesos. No tenía pelo en el cráneo, salvo por un moño alto negro y brillante en la coronilla, como si se tratara de un fetiche tribal.

Abaddon y él eran perros viejos, del Mournival desde antes de que la galaxia perdiera un tornillo y el juego pasara a ser completamente distinto. Habían vertido sangre en cientos de mundos en nombre del Emperador y en muchos más por el señor de la guerra.

Y, antaño, se reían mientras combatían.

Los dos miembros más recientes del Mournival marchaban junto a sus proponentes y a la luz de la luna de Dwell sus yelmos reflejaban las marcas de sus ídolos lunares. Uno era un guerrero de cierta fama, el otro era un sargento que se la había ganado en el desastre de la caída de Dwell.

Kibre, *el Hacedor de Viudas*, estaba al mando de los exterminadores de la Justaerin. Era uno de los hombres de Abaddon, fiel a su casta. Mientras que Kibre tenía experiencia y saber bélicos, Grael Noctua, de la Bruja, era nuevo para los hombres de la Legión. Un guerrero con una mente a prueba de bomba y un intelecto que Abaddon solía comparar con una hoja lenta.

Con el nombramiento de Kibre, la bilis corría densa a un lado del Mournival. Aximand esperaba que la presencia flemática de Noctua la equilibrara. Se llegó a rumorear que Aximand mostraba cierto favoritismo hacia Noctua pero lo de Dwell los acalló de una vez por todas.

Con sus dos nuevos hermanos, Aximand y Abaddon encabezaban la expedición a la gran sala central del Mausolytico tras haber sido convocados por el señor de la guerra.

—¿Crees que dará orden de movilización? —preguntó Noctua.

Al igual que todos, estaba deseando que le dieran rienda suelta. La guerra aquí había terminado hacía mucho y, salvo por un puñado de incursiones más allá del sistema, el grueso de la Legión permanecía en sus puestos mientras el primarca se encerraba con los muertos.

—Tal vez —dijo Aximand, reticente a especular sobre los motivos del señor de la guerra para permanecer en Dwell—. Muy pronto lo sabremos.

—Deberíamos estar movilizados —dijo Kibre—. La guerra está cogiendo fuerza mientras nosotros nos estancamos por falta de acción.

Abaddon se detuvo de golpe y puso una mano en el centro del peto del Hacedor de Viudas.

—¿Crees saber más de la guerra que tu primarca?

Kibre negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, es solo que...

—Primera lección del Mournival —dijo Aximand—: nunca cuestiones a Lupercal.

—No lo estaba cuestionando —saltó Kibre.

—Mejor —dijo Aximand—. Al menos hoy has aprendido algo útil. Tal vez el señor de la guerra haya encontrado lo que necesitaba, o tal vez no. Quizá recibamos orden de movilización y quizá no.

Kibre asintió y Aximand observó cómo obligaba a su carácter voluble a encontrar el equilibrio.

—Es como dices, Pequeño Horus. El núcleo incandescente cthoniano que arde dentro de todos nosotros en mí lo hace con especial intensidad.

Aximand se echó a reír, aunque no era la risa de antes, pues los músculos se movían con sutiles diferencias bajo la piel.

—Lo dices como si fuera un defecto —dijo—. Solo recuerda que hay que mantener el fuego bajo control si uno quiere que sea de utilidad.

—Aunque no siempre —añadió Abaddon y volvieron a ponerse en marcha.

Atravesaron antecámaras de altos techos abovedados y columnas caídas, y salas con frescos llenos de cráteres de disparos de bólter que habían sido campos de batalla. En el aire resonaba el zumbido de la vibración de los generadores soterrados. Sabía a taller de embalsamador. Entre los murales de guerreros de la legión azul cobalto a los que se les daba la bienvenida con guirnaldas, había decenas de nombres incrustados en pan de oro en los paneles artesonados.

Los muertos enterrados del Mausolytico.

—Como la Avenida de la Gloria y el Lamento de la *Espiritu* —dijo Aximand señalando las exquisitas letras.

Abaddon resopló sin mirar los nombres siquiera.

—Nadie la llama así desde Istvan.

—Puede que los necrólogos ya no estén —suspiró Aximand—, pero sigue siendo lo que ha sido siempre: un lugar para recordar a los muertos.

Ascendieron una larga escalinata de mármol, pisando los restos reducidos a polvo de estatuas caídas, y salieron a un corredor transversal que Aximand había tenido que conquistar palmo a palmo, escudo en alto y blandiendo a *Plañidera*, con los hombros cuadrados y empapado de sangre hasta los codos.

—¿Otra vez soñando despierto? —le preguntó Abaddon, que había notado la pausa de una milésima de segundo.

—Yo no sueño —replicó Aximand—. Solo estaba pensando en lo absurdo que fue que un ejército de hombres fuera capaz de ponernos en apuros. ¿Desde cuándo nos dan problemas los meros mortales en un combate?

Abaddon asintió.

—El Velo Cadena peleó en la Ciudad de los Ancianos. Me retrasaron.

No hizo falta decir más. Que un ejército, mortal o transhumano, fuera capaz de retrasar a Ezekyle Abaddon decía mucho de su competencia y de su valor.

—Pero acabaron todos muertos —dijo Kibre mientras pasaban bajo el gran arco funerario y se adentraban más en el complejo de tumbas—. Da igual que fueran los Velo Cadena o soldados normales y corrientes, nos plantaron cara y los matamos a todos.

—El simple hecho de que nos plantaran cara debería habernos dicho que nos esperaba algo más —dijo Grael Noctua.

—¿Y eso? —preguntó Aximand. Ya sabía la respuesta pero quería oír la enunciada en voz alta.

—Los hombres que se enfrentaron contra nosotros aquí creían que podían ganar.

—Meduson, de la Décima de Hierro, orquestó su defensa —dijo Aximand—. Es comprensible que le creyeran.

—Solo la presencia de una legión le da a los mortales semejante arrojo —prosiguió Noctua—. Con el líder de la X Legión y los equipos de eliminación de la V Legión en sus puestos, pensaron que tenían posibilidades. Creyeron que podían matar al señor de la guerra.

Kibre meneó la cabeza.

—Aunque Lupercal hubiera caído en la trampa, que era de lo más transparente, y hubiera venido en persona, los habría aniquilado con facilidad.

Es muy probable que Kibre tuviera razón. Era inconcebible que cinco meros legionarios hubieran podido acabar con el señor de la guerra. Aun contando con la ventaja del elemento sorpresa, la idea de que bastaba un equipo de despliegue rápido de asesinos a cuchillo era irrisoria.

—Fue más listo que la bala del francotirador en Dagonet y esquivó las espadas de los sicarios en Dwell —dijo Abaddon pegándole un puntapié a una urna adornada con un grabado astillado de un última—. Meduson tenía que estar desesperado para pensar que los Scars tenían la menor oportunidad de conseguirlo.

—Esa es la palabra exacta: desesperado —dijo Aximand. Le picaba la zona en la que le habían reimplantado la cara—. Imagínate que llegan a tener éxito.

Nadie dijo nada. Nadie podía concebir la Legión sin Lupercal a la cabeza. Sin el uno, la otra no existía.

Pero Shadrak Meduson no había logrado hacer caer al señor de la guerra en su trampa y Dwell había caído de rodillas.

Tarde o temprano, todo se postraba ante los ejércitos de Horus Lupercal.

—¿Para qué defender a los muertos? —dijo Kibre—. Salvo por ser un punto de ventaja sobre una ciudad abierta, mantener el Mausolytico no tiene ningún valor estratégico. Podríamos haberla allanado a bombas y enviar auxiliares del ejército de Lithonan a exterminar a los supervivientes.

—Sabían que el señor de la guerra querría capturar intacto un recurso tan preciado como este —dijo Noctua.

—Es una casa de difuntos —insistió Kibre—. ¿Qué tipo de recurso es ese?

—Ahora que estás en el Mournival, ¿por qué no se lo preguntas?
—contestó Noctua. Kibre volvió la cabeza de golpe, poco acostumbrado a que un oficial subalterno se dirigiera a él con semejante informalidad. Al Hacedor de Viudas le iba a costar acostumbrarse a la equidad del Mournival.

—Ándate con cuidado, Noctua —le advirtió Abaddon—. Puede que seas uno de nosotros, pero eso no te exime de guardar respeto.

A Aximand la ira de Abaddon le hizo sonreír. Ezekyle era un mastín de combate con la correa tensa, y Aximand se preguntó si sabía que ese era su papel.

Por supuesto que Ezekyle lo sabía. Un guerrero no llegaba a primer capitán de los Sons of Horus si era demasiado tonto para saber cuál era su lugar.

—Mis disculpas —dijo Noctua, volviéndose para dirigirse a Kibre directamente—. No tenía intención de faltar a nadie al respeto.

—Bien —dijo Aximand—. Ahora dale a Falkus Kibre una respuesta como es debido.

—La Mausolytica ocupa el mejor terreno defensivo en la fosa tectónica pero apenas está fortificada —dijo Noctua—. Lo cual sugiere que los dwellerianos la valoraban mucho pero no la consideraron un objetivo militar hasta que Meduson les dijo que lo era.

Aximand asintió y, con la mano enfundada en el guantelete, le dio a Noctua una palmada en la hombrera.

—¿Entonces los Iron Hands pensaban que este lugar era valioso? —preguntó Kibre.

—No tengo ni idea —dijo Aximand.

Solo más tarde llegaría a comprender que a los dwellerianos les habría ido mejor si hubieran demolido las salas mausolyticas y hubieran hecho añicos la maquinaria antes de permitir que cayeran en manos de los Sons of Horus.

Solo mucho más tarde, cuando los últimos espasmos violentos de la guerra galáctica cesaran por un instante, Aximand descubriría el error colosal que habían cometido al permitir que el Mausolytico sobreviviera.

Hallaron al primarca en la sala del Peregrino, en la que la maquinaria ancestral permitía a los custodios del Mausolytico acceder y consultar los recuerdos de los muertos. Los custodios se habían unido a sus protegidos en la muerte y Horus Lupercal operaba las máquinas en solitario.

Un criogenerador colosal palpitaba de potencia en el centro de la cámara resonante, como el órgano de un templo con multitud de tubos

limados por las heladas que emergían de sus condensadores bañados de rocío. El polvo de los huesos de los muertos decoraba la base allí donde el equipo de exterminadores de los White Scars se había quitado el disfraz.

Del generador radiaban, como si se tratara de una rueda iluminada, hileras y más hileras de cuerpos supinos en cilindros de cristal apilados. Aximand había amontonado veinticinco mil cuerpos solo en esta sala y por encima del nivel del suelo había otros cincuenta espacios de tamaño similar. Todavía no había catalogado cuántas cámaras había excavadas en el lecho de roca de la meseta.

Era fácil ver al señor de la guerra.

Estaba de espaldas a ellos, agachado frente a un tubo cilíndrico desenchajado de su soporte gravimétrico. Veinte exterminadores Justaerin, armados con cimitarras de filo fotónico y bólters con cañones gemelos, se interponían entre ellos y el señor de la guerra. Guardaespaldas de este por tradición, los Justaerin eran una reliquia de la época en la que los líderes de guerra necesitaban protección. Sus armas le hacían tan poca falta a Horus como las del Mournival, pero tras la emboscada de Hibou Khan nadie quería correr riesgos.

Como siempre, el primarca era un imán para la vista. Una presencia destacada a la que lo correcto y lo adecuado era ofrecer devoción. Su sonrisa tranquila daba a entender que acaba de darse cuenta de que estaban ahí, pero a Aximand no le cabía la menor duda de que había notado su presencia mucho antes de que entraran en la sala.

Estaba cubierto por una armadura titánica con bordes de acero negro, el plastrón decorado con un ojo ámbar entrecerrado flanqueado por lobos dorados. La mano derecha de Horus era una garra asesina y la izquierda descansaba sobre una enorme maza. Su nombre era *Rompe-mundos* y la empuñadura carecía de adornos salvo por el pomo en forma de águila con una cabeza asesina negra y de bronce.

El señor de la guerra tenía la faz de un conquistador, un guerrero, un diplomático y un hombre de estado. Podía ser el rostro afable de la preocupación paternal o la última cara que uno veía.

Aximand no sabía decir aún cuál de todas iba a ser en aquel momento, pero en un día como este la ambigüedad era buena. Que quienes apoyaban a Lupercal desconocieran de qué humor estaba irritaría a aquellos que pudieran pensar en alzarse en su contra.

—Pequeño Horus —dijo el señor de la guerra cuando los Justaerin abrieron filas para dejarlos pasar, como los portones de ceramita de una fortaleza.

Aximand se había ganado el apodo por el increíble parecido que guardaba con su padre genético, pero Hibou Khan se lo había arrebatado con una hoja de duro acero medusano. Los apotecarios de la Legión hicieron lo que pudieron pero el daño era demasiado severo, la hoja demasiado afilada y su piel malherida demasiado melancólica.

Sin embargo, pese a tener la cara desfigurada en carne viva, el parecido entre Aximand y el primarca se había vuelto aún más pronunciado por algún tipo de extraña alquimia fisiológica.

—Señor de la guerra —dijo Aximand—, vuestro Mournival.

Horus asintió y los estudió uno por uno, como si estuviera evaluando la aleación que componía la cofradía restaurada.

—Lo apruebo —dijo—. Parece una buena mezcla.

—El tiempo dirá —dijo Aximand.

—Siempre lo pone todo en su sitio —respondió Horus, acercándose para erguirse ante el sargento de la Bruja.

—El protegido de Aximand es hijo de su padre —dijo Horus con un deje de orgullo—. Me han contado mucho y bueno de ti, Grael. ¿Es cierto?

Tuvo mérito que Noctua mantuviera la cabeza en su sitio al escuchar los elogios del señor de la guerra, pero no fue capaz de sostenerle la mirada mucho tiempo.

—Sí, mi señor —logró articular—. Es posible... No sé qué habréis oído.

—Cosas buenas —dijo Horus, asintiendo y pasando al siguiente. Cogió con su garra el guantelete del Hacedor de Viudas.

—Estás tenso, Falkus —dijo—. La falta de acción no te sienta bien.

—¿Qué puedo decir? Estoy hecho para la guerra —dijo Kibre con más tacto del que Aximand esperaba.

—Más que la mayoría —dijo Horus—. No te preocupes, no os mantendré mucho más tiempo ociosos, ni a ti ni a la Justaerin.

El señor de la guerra se acercó a Abaddon y dijo:

—Y tú, Ezekyle, lo ocultas mejor que el Hacedor de Viudas pero veo que también te irrita nuestra estancia forzosa en Dwell.

—Hay una guerra que ganar, mi señor —dijo Abaddon, con un tono que bordeaba el reproche—. Y no permitiré que digan que los Sons of Horus consienten que otros libren sus batallas.

—Yo tampoco, hijo mío —dijo Horus posando su garra en los hombros de Abaddon—. Las conspiraciones y las venganzas de otros nos han distraído, pero eso se acabó.

Horus se dio la vuelta y aceptó el manto de guerra rojo sangre de uno de los Justaerin. Se lo echó por la espalda y lo sujetó en su sitio con un par de broches en forma de zarpa de lobo en cada hombro.

—Aximand, ¿están aquí? —preguntó Horus.

—Así es —dijo Aximand—. Pero ya lo sabíais.

—Cierto —respondió Horus—. Incluso cuando no teníamos forma, siempre he sabido si estaban cerca.

Aximand vio un destello pícaro en la mirada de Horus y decidió que estaba bromeando. Horus hablaba en raras ocasiones de sus años con el Emperador. Aún era menos frecuente que hablase de tiempos anteriores al Emperador.

—En mis momentos de mayor arrogancia, solía pensar que por eso el Emperador acudió a mí primero —continuó Horus, y Aximand vio que se había equivocado. Horus no bromeaba en absoluto—. Creía que necesitaba mi ayuda para encontrar al resto de sus hijos perdidos. A veces creo que fue un castigo; sentir una conexión tan profunda con mis hermanos de genes para acabar separado de ellos.

Horus calló y Aximand dijo:

—Os esperan en la cúpula de la Revivificación.

—Bien. Estoy ansioso por unirme a ellos.

Abaddon apretó los puños.

—Entonces, ¿vamos a reincorporarnos a la guerra?

—Ezekyle, hijo mío, nunca la hemos abandonado —dijo Horus.

La cúpula de la Revivificación era un vasto hemisferio de cristal y transparentado en lo alto de la estructura de piedra principal del Mausolytico. Era un lugar de propósito solemne y de reverencia, un lugar donde se podía devolver a la vida los recuerdos de los muertos.

Se accedía a través de un ascensor de celosía que ascendía al centro de la cúpula. Horus y el Mournival permanecieron erguidos en el centro de la plataforma mientras esta realizaba su majestuoso ascenso. Pese a las protestas de Kibre, los Justaerin se habían quedado abajo y solo estaban ellos cinco. Aximand alzó la vista hacia la amplia abertura en el suelo que tenían encima de ellos. Contempló la estructura agrietada de la cúpula cristalina mientras la puesta de sol se oscurecía y caía la noche.

Sobre el ascensor se deslizaban columnas inclinadas de luz de luna cuando este emergía en el interior de la cúpula. Una bomba perdida había dañado la estructura hemisférica, y restos de cristal endurecido yacían esparcidos por el suelo de metal pulido como cuchillos de diamante. A intervalos

equidistantes alrededor de la circunferencia exterior del ascensor había amarres para decenas de criocilindros. En aquel momento, estaban todos vacíos.

Aximand inhaló sorprendido el aire gélido al ver a los semidioses que esperaban en la cámara. Por supuesto que sabía a quién había convocado el señor de la guerra, pero tener ante sí dos seres numinosos como aquellos todavía le resultaba toda una revelación.

Uno era de carne inmaterial y el otro poseía un físico impasible.

Horus los recibió con los brazos abiertos.

—Hermanos —dijo Horus. Su voz llenó la cúpula—. Bienvenidos a Dwell.

Habían llegado rumores a oídos de los Sons of Horus acerca de los cambios que se habían producido en algunos de los hermanos del señor de la guerra, pero nada había preparado a Aximand para la profundidad de tales cambios.

La última vez que vio a Fulgrim, primarca de los Emperor's Children, este era el guerrero perfecto, un héroe de nívea melena con armadura púrpura y dorada. Ahora el Fénix era la reencarnación física de un antiguo dios destructor bien armado, de cuerpo serpentino y vestido con exquisitos fragmentos de la que fuera antaño una armadura magnífica. Fulgrim era un monstruo de gran belleza. Un ser cuyo esplendor perdido era digno de llorarse y cuyo poder obtenido era digno de admirarse.

Mortarion de la Death Guard destacaba junto a la forma sinuosa de Fulgrim y, a primera vista, no se apreciaba cambio alguno. Pero, al observar con atención, sus ojos hundidos revelaban el dolor de heridas recientes, como si estuvieran cubiertos por una mortaja. *Silencio*, la guadaña del Señor de la Muerte, tenía el filo dentado por las muescas del combate y permanecía atada a la muñeca de su señor con una larga cadena que colgaba de la base de su empuñadura. De los eslabones pendían incensarios tintineantes de los que manaban pequeñas nubes de vapor caliente.

Las placas barbaranas de estilo barroco lucían incontables huellas de las manos del artesano: parches de ceramita, pintura fresca y polvo de lapeado. A juzgar por la cantidad de reparaciones, la batalla que había librado recientemente tuvo que ser feroz.

Al igual que Horus, que había prescindido de la Justaerin, sus hermanos primarcas también venían sin escolta. Fulgrim sin la Guardia del Fénix y Mortarion sin los Sudarios de Muerte, aunque Aximand no dudaba de que ambas estaban cerca. Estar en presencia del señor de la guerra era un honor, pero presenciar una ocasión en la que se reunían tres primarcas era embriagador.

Fulgrim y Mortarion se habían desplazado a Dwell para ver a Horus Lupercal, pero el señor de la guerra no había venido a que lo vieran.

Sino a que lo escucharan.

El cuerpo de Fulgrim serpenteaba por el suelo con el siseo de las escalas en movimiento que lo alzaban por encima de Mortarion y del señor de la guerra.

—Horus —dijo Fulgrim, cargando de sutiles significados cada sílaba—. Vivimos en los tiempos más tumultuosos que la galaxia ha conocido y no has cambiado en absoluto. Qué decepción.

—Mientras que tú estás irreconocible —dijo Horus.

Un par de alas de dragón se desplegaron de la espalda de Fulgrim y ondulaciones de pigmentación oscura tornasolaban su cuerpo.

—Más de lo que te imaginas —susurró Fulgrim.

—Menos de lo que crees —respondió Horus—. Pero, dime, ¿Perturabo sigue con vida? Voy a necesitar a su legión cuando caigan los muros de Terra.

—Yo lo dejé vivo —dijo Fulgrim—. Aunque desconozco qué ha sido de él desde mi ascensión. El... ¿Cómo lo llamó? Ah, sí, el Ojo del Terror no es apto para quien se preocupa por lo material.

—¿Qué le has hecho al Señor de Hierro? —exigió saber Mortarion con voz ronca tras el respirador de bronce que cubría la mitad inferior de su cara.

—Lo he liberado de sus delirios de permanencia —dijo Fulgrim—. Le di el honor de que su fortaleza alimentara mi ascensión a esta forma superior, pero al final no estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por su querido hermano.

Fulgrim profirió una risilla.

—Creo que lo he roto un poco.

—¿Lo has usado...? —dijo Mortarion—. ¿Para convertirte... en esto?

—Todos nos usamos los unos a los otros, ¿no lo sabías? —se reía Fulgrim, deslizándose por el suelo de la cámara y admirando su reflejo en los cristales rojos—. Para alcanzar la grandeza debemos aceptar la bendición de cosas nuevas y de nuevas formas de poder. Yo me lo he aplicado al pie de la letra y he aceptado el cambio de enfoque. Harías bien en seguir mi ejemplo, Horus.

—La lanza que apunta al corazón del Emperador no debe ser maleable sino firme como el hierro —dijo Horus—. Yo soy firme como el hierro.

Horus se volvió hacia Mortarion, quien ni se molestó en disimular la revulsión que sentía ante aquello en lo que se había convertido el Fénix.

—Igual que tú, hermano —dijo Horus acercándose para estrechar con firmeza la muñeca del Señor de la Muerte, de guerrero a guerrero—. Me tienes maravillado, mi indómito amigo. Si ni siquiera la fuerza del Khan ha podido doblegarte, ¿qué esperanza les queda a los demás?

—En la guerra es incomparable —admitió Mortarion—. Pero sin eso no es nada. Pasaré por mi guadaña.

—Me encargaré de que así sea —prometió Horus soltándole la muñeca—. Lo acorralaremos en suelo de Terra y veremos cuán bien pelea.

—Soy tu siervo —dijo Mortarion.

Horus meneó la cabeza.

—No, eso jamás. Siervo nunca. Libramos esta guerra para no ser esclavos de ningún hombre. No consentiré que cambies a un amo por otro. Te necesito a mi lado de igual a igual, no como vasallo.

Mortarion asintió y Aximand vio al primarca de la Death Guard crecerse con las palabras de Lupercal.

—¿Y tus hijos? —dijo Horus—. ¿Typhon sigue haciendo de cebo de los cazadores del León?

—Lleva danzando por las estrellas con los monjes de Caliban desde Perditus, y a su paso no deja más que muerte y miseria —contestó Mortarion con un gruñido entretenido que vertió emanaciones tóxicas por su gorjal—. Cuando te marches, no tardaré en unirme a él, y los cazadores serán los cazados.

—Pronto, Mortarion. Muy pronto —dijo Horus—. Con tu legión dispuesta para la guerra, casi siento lástima por el León.

Fulgrim recalcó con resentimiento que con él no había tenido palabras de elogio, pero Horus no había terminado.

—Ahora os necesito a mi lado más que nunca, no como aliados ni como subordinados, sino como iguales. Ostento el título de «Señor de la Guerra», no por lo que representaba cuando se me dio, sino por lo que significa ahora.

—Y ¿qué significa? —preguntó Fulgrim.

Horus miró las facciones aguileñas del Fénix que eran de alabastro en su fría perfección. Aximand notó el poder de la conexión que fluía entre ellos, una lucha por el mando de la que solo uno podía salir victorioso.

Fulgrim apartó la mirada y Horus dijo:

—Significa que solo yo tengo la fuerza necesaria para hacer lo que hay que hacer. Solo yo puedo unir a mis hermanos bajo el mismo estandarte y rehacer el Imperio.

—Siempre has pecado de orgulloso —dijo Fulgrim, y Aximand sintió el impulso de cambiarle el tono al Fénix con la empuñadura de *Plañidera*, pero la espada no colgaba de su cinto ya que la hoja estaba muy estropeada y la estaban reparando.

Horus ignoró la pulla y dijo:

—Si peco de orgullo es por lo orgulloso que estoy de mis hermanos. Estoy orgulloso de lo que habéis logrado desde la última vez que nos vimos. Por eso os he convocado a vosotros y no a otros para que acudierais a mi lado.

Fulgrim sonrió y dijo:

—Y ¿qué destino me deparas, señor de la guerra?

—Aquello con lo que hablé en la vigilia de Isstvan, ¿te ha dejado? ¿Vuelves a ser Fulgrim?

—He purgado mi cuerpo de la presencia de la criatura.

—Bien —dijo Horus—. Lo que diga aquí concierne a la Legión y no a lo que reside más allá de nuestro mundo.

—Me he despojado de la criatura de la disformidad, pero aprendí muchas cosas de ella mientras nuestras almas estuvieron entrelazadas.

—¿Qué cosas? —preguntó Mortarion.

—Hemos negociado y hecho pactos con sus amos —siseó Fulgrim señalando a Horus con una garra de cuchillas en forma de hoz—. Has hecho pactos de sangre con dioses, y los juramentos a los dioses no hay que tomárselos a broma.

—Todo mi ser se revuelve cuando te oigo hablar, precisamente a ti, de mantener juramentos —dijo Mortarion.

El señor de la guerra alzó una mano para contener la contestación cargada de veneno de Fulgrim y dijo:

—Estáis aquí porque necesito de vuestros talentos singulares. La ira de los Sons of Horus estallará una vez más y no quiero que ocurra sin mis hermanos a mi lado.

Horus empezó a dibujar lentamente un círculo con sus pasos, tejiendo una tela de araña con sus palabras alrededor de Mortarion y de Fulgrim.

—Erebus ha desatado su gran Tormenta de Ruina en Calth y ha partido en dos la galaxia. Más allá de sus tempestades, los Quinientos Mundos ardieron en la «cruzada paralela» de Lorgar y Angron, pero sus sacrificios gratuitos ahora no tienen importancia. Lo que ocurra aquí, entre nosotros, con vosotros, supondrá la diferencia entre la derrota y la victoria.

Las palabras del señor de la guerra eran tranquilizadoras y un cebo a la vez, incluso a Aximand le resultaba evidente, pero estaban surtiendo el efecto deseado.

—¿Por fin vamos a marchar sobre Terra? —preguntó Mortarion.

Horus se echó a reír.

—Todavía no, pero pronto. Os he llamado aquí para prepararnos para ese día.

Horus dio un paso atrás, levantó los brazos y una maquinaria milenaria surgió del suelo como arrecifes de coral, desplegándose y esparciéndose con precisión mecánica. Cien o más cilindros de cristal se alzaron con ella, y cada uno contenía un cuerpo que yacía para siempre en el umbral entre la existencia y el olvido.

De entradas en las que nadie se había fijado hasta ese momento llegaron una horda de tecnosacerdotes sollozantes y adeptos del Mechanicum vestidos de negro que tomaron posiciones junto a los cilindros que brillaban suavemente.

—A juicio de cualquier mortal, nuestro padre es un dios —dijo Horus—. Y, a pesar de que ha permitido que en sus dominios reine la rebelión, sigue siendo demasiado poderoso para que nos enfrentemos a él.

—¿Incluso para ti? —dijo Fulgrim con una sonrisa.

—Incluso para mí —contestó Horus—. Para matar a un dios, lo primero que ha de hacer un guerrero es convertirse también en un dios.

Horus hizo una pausa.

—Al menos, eso me han dicho los muertos.